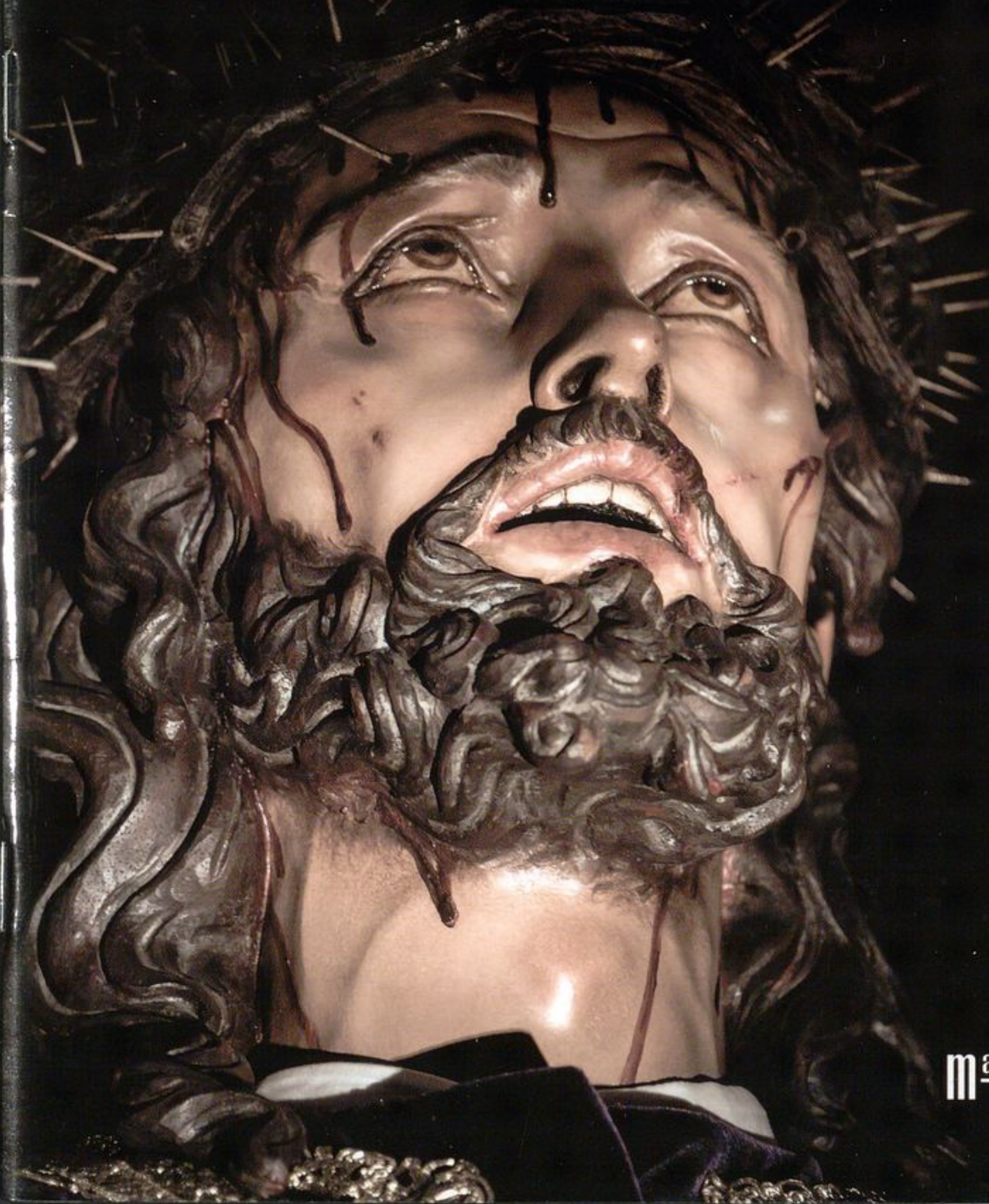
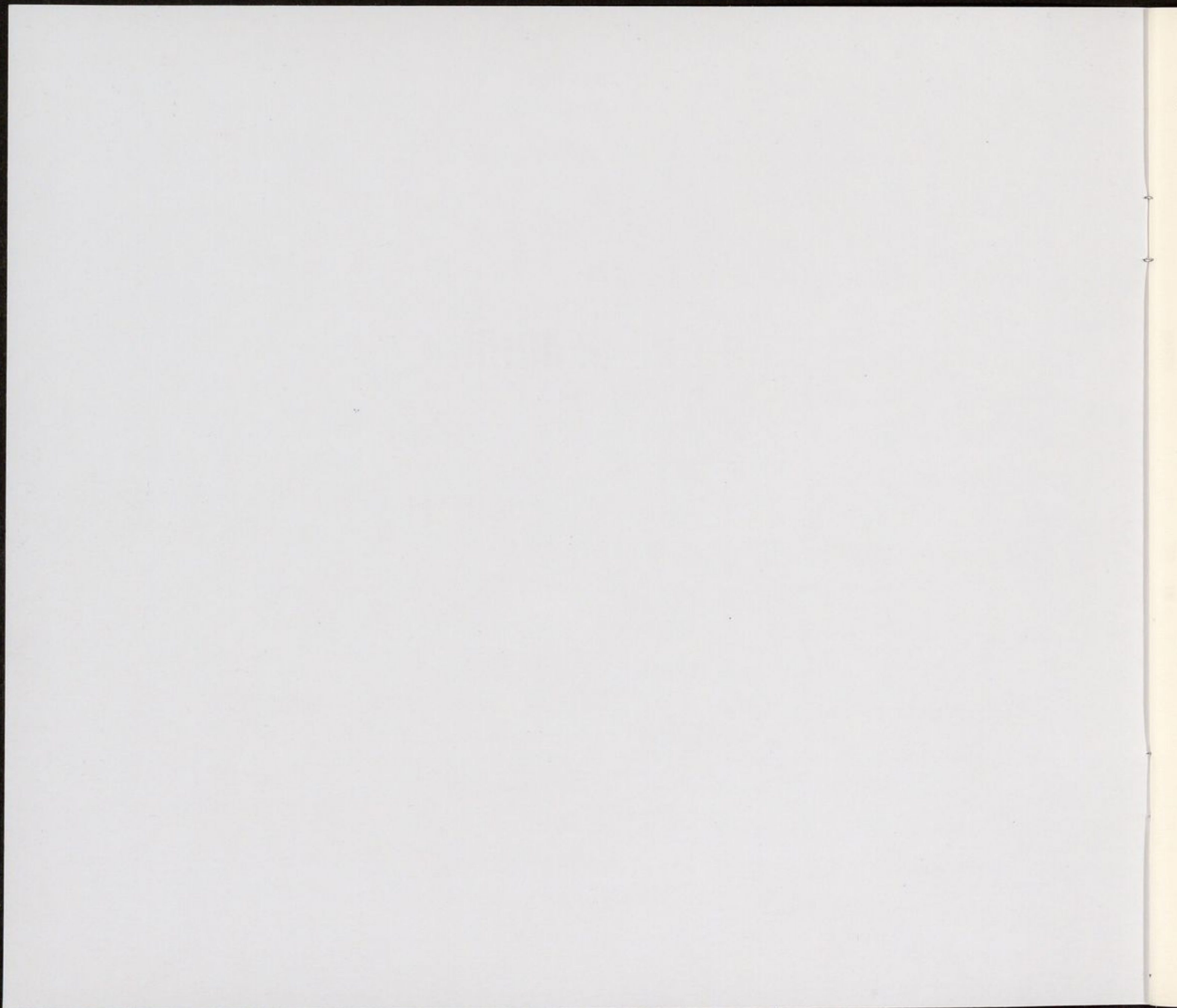


**PREGÓN DE SEMANA SANTA  
VALLADOLID 2020**



Por la Ilma. Sra. Dña.  
M<sup>a</sup> Antonia Fernández del Hoyo



## Fe de erratas

*Página 4, párrafo 2*

Por supuesto, a la vez que responsabilidad tengo claro el sentimiento de gratitud. Por eso no puedo empezar de otra manera que agradeciendo profundamente primero a la Junta de Cofradías, que pensó en mí para pregonar el acontecimiento que para ellas es razón de ser, y luego al Excmo. Sr. alcalde de Valladolid que eligió mi nombre de entre los presentados por ellas. Intentaré ahora no defraudar tanta confianza.

CB: 1235407

FOL 4071-2

ARCHIVO MUNICIPAL  
BIBLIOTECA

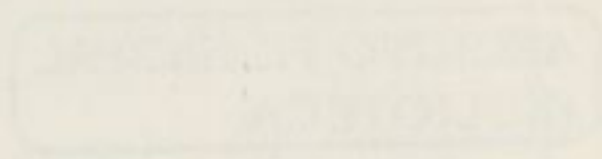
# **PREGÓN DE SEMANA SANTA VALLADOLID 2021**

**Ilma. Sra. Dña. María Antonia Fernández del Hoyo**

**Profesora de Historia del Arte de la UVA**

**y Académica de Bellas Artes de la Purísima Concepción**

**Santa Iglesia Catedral, 19 de marzo**



COFRADÍA

# PRESENCIA DE SEMANA SANTA VALLADOLID 2016

Ilma. Sra. Dña. María Antonia Fernández del Hoyo  
Profesora de historia del Arte de la UVA  
y académica de Bellas Artes de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando  
Santa Iglesia Catedral, 18 de marzo

Montaje y decoración: Leopoldo Adiego Sanz  
Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa  
Fotografías: Chema Concellón  
Compone e imprime: Imprenta Municipal  
Depósito Legal: VA-95/2016

Eminentísimo y reverendísimo cardenal arzobispo, Excmo. y Rvdmo. obispo, Excmo. Sr. alcalde, Sr. presidente de la Junta de Cofradías, cofrades, autoridades, señoras y señores.

Un año en la vida de una persona puede significar mucho, poco o nada. El pasado 2020 ha quedado marcado en la vida de todos nosotros e, inusitadamente, del mundo entero. En el peor de los casos –quienes han perdido a alguien querido–, por un irremediable dolor; para otros muchos –los que han visto amenazado su trabajo y su modo de vida–, por la angustia ante el incierto porvenir; para todos, en mayor o menor medida y sucesivamente, por el miedo, la incertidumbre, el abatimiento, incluso la rebeldía y la desesperanza. Sin embargo, esta incipiente primavera de 2021 parece contradecir este último sentimiento con la esperanza de una vuelta a la vida de antes; la propia celebración de este pregón así lo apunta. Es verdad que la Semana Santa no se podrá celebrar tampoco este año de la forma habitual y por eso siento el temor de que mis palabras no tengan, para algunos, demasiado sentido. Sin embargo la esencia de la conmemoración es la misma y cada uno puede vivirla personalmente con igual intensidad. Este pregón se hizo para un año que apenas hemos vivido y espero que sus vivencias y reflexiones sirvan igualmente para este.

Febrero 2021

El que fuera cardenal primado de España, don Marcelo González –único de mis predecesores en este pregón que lo pronunció en dos ocasiones– decía en la primera de ellas, cuando todavía no era nada más, ¡y nada menos!, que don Marcelo: “Es cosa difícil hacer dignamente el pregón de la Semana Santa de Valladolid en Valladolid”. Si para él, notabilísimo orador y hombre de religión, lo era, ¿qué puedo decir de la dificultad que supone para mí? Un

poco abrumada por la responsabilidad, asumo este honor como mujer, como vallisoletana, como profesora que ha dedicado la mayoría de su actividad investigadora a la historia y el arte de Valladolid y como miembro de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción que desde su creación en el siglo XVIII hasta hoy tiene como fin la defensa, conservación y enseñanza del patrimonio artístico de nuestra ciudad y su provincia.

Por supuesto, a la vez que responsabilidad tengo claro el sentimiento de gratitud. Por eso no puedo empezar de otra manera que agradeciendo profundamente primero a la Junta de Cofradías, que pensó en mí para pregonar el acontecimiento que para ellas es razón de ser, y luego a la que eligió mi nombre de entre los presentados por ellas. Intentaré ahora no defraudar tanta confianza.

Estoy aquí, en este imponente templo que, pese a ser solo la mitad de lo que debió ser –y no por culpa del monasterio de El Escorial, sino por la pobreza de medio–, abruma por su grandeza y ante el retablo de Juan de Juni, excelso escultor a cuya intimidad casi he llegado después de haberle dedicado muchas horas de trabajo, y pienso, no tengo más remedio, en lo orgullosos que se hubieran sentido mis padres, profundamente vallisoletanos. A ellos y también al resto de mi larga familia, los muchos que ya no están y los que por suerte aún nos tenemos, me dirijo también.

En consonancia con ello, quiero empezar evocando lo que fue mi primer acercamiento a la Semana Santa de Valladolid. Me remonto muy lejos, a los años en que vivíamos en Vitoria y al llegar estas fechas mis padres me enviaban sola en el tren, tendría yo menos de diez años, a pasar la Semana Santa en casa de los abuelos. Qué ilusión tan grande era para mí. Dos de mis tíos, Antonio y Mario, eran cofrades de las Angustias como también lo había sido el abuelo; los otros dos, José María y Luis Manuel, de las Siete Palabras. Tradición y modernidad, por tanto. Aún puedo ver alguno de los hábitos colgados en la galería, seguramente recién planchados. Recuerdo especialmente el ramo que mi tía Elvira, constituida en madre suplente esos días, me compraba para el Domingo de Ramos en un puesto junto al desaparecido mercado del Campillo. Era de ramas verdes –no he sido capaz de identificar de qué especie– adornado con rosas de papel de seda de diferentes colores; aún me parece verlo. Por eso

me ha encantado leer a Ángel Allué Horna, hombre de gran sensibilidad, cuando recordaba que un Domingo de Ramos de su infancia su madre le compró, en lugar de la palma que él quería y que era demasiado cara, "un ramo de carrasca con dos flores rojas de papel de seda que costó dos perras gordas". Otros niños también querían tener palma, yo prefería las flores; siempre he llevado dentro a una jardinera frustrada. También íbamos a ver la maqueta de la procesión general que, en una gran mesa alargada, se exponía en el Salón del Ayuntamiento; me encantaba. Y, por supuesto la culminación de la Semana Santa: la procesión del Viernes Santo. Los múltiples balcones y miradores de mis tíos Mantilla se llenaban de familia y amigos para, desde donde te tocara y sin moverte, ver pasar la procesión.

Lejos ya la infancia, mi relación con la Semana Santa se establece por muy distintos cauces: los profesionales. Desde muy joven tuve clara la vocación por la historia y el arte y cuando –después de un largo intervalo debido a razones familiares– terminé la carrera se abrió para mí la posibilidad de formar parte del Departamento de Historia del Arte de nuestra Universidad, que entonces dirigía don Juan José Martín González. Él había marcado una línea de investigación centrada en torno a Valladolid, en la que me he movido y en la que he ido creciendo profesionalmente gracias al magisterio de Jesús Urrea. Tantas horas en los archivos buceando en la historia social y artística de Valladolid han hecho que las gentes de los siglos XVI y XVII sean para mí casi contemporáneas; que los edificios y las calles que son solo recuerdo me sigan pareciendo actuales. Aún siento la emoción al hallar la escritura en la que un casi desconocido, pero de buena familia artística, Bernardo de Rincón, contrataba la hechura del Cristo del Perdón, o el documento que hablaba del taller de Gregorio Fernández. Es por tanto lógico que mi pregón discurra por lo histórico; esto es lo que creo se espera de mí.

Como corresponde a todo historiador riguroso, es necesario empezar por conocer la bibliografía, en este caso empresa bastante ardua. A los nombres imprescindibles del pionero José Martí y Monsó y del venerado Juan Agapito y Revilla –¡cuánto me gustaría que pudiesen conocer lo que hemos avanzado sobre lo que ellos iniciaron!–, se unen los ya citados de Martín González y Urrea y se deberían añadir los de tantos otros compañeros investigadores en



Historia del Arte, algo que en esta ocasión no puedo hacer. Pero es en los últimos años cuando las publicaciones acerca de la Semana Santa se han desbordado, tocando, con mayor o menor fortuna, todos los aspectos concernientes a ella. De ese ingente volumen publicado destaca la exhaustiva labor de recopilación, análisis y divulgación llevada a cabo por el historiador Javier Burrieza.

Por otra parte, están los pregones de mis setenta y dos antecesores, que he leído. Echo de menos que la muerte no permitiera a Agapito y Revilla inaugurar la serie o que otro exquisito vallisoletano, don Narciso Alonso Cortés, nunca lo pronunciara tampoco. Pero muchos me han enriquecido –siempre se sigue aprendiendo– por sus diversos y sugerentes puntos de vista, sus atinadas valoraciones de un fenómeno tan complejo como es la Semana Santa de Valladolid. Por hablar de quienes ya no están, me gustaría evocar los de Juan José Martín González y Eloísa García, de rico contenido histórico-artístico; el de Amando Represa –qué reflexión tan profunda sobre el significado de la Semana Santa y su vigencia en el ya lejano 1981, viniendo además de un cofrade–; el de Félix Antonio González, concebido como una conversación íntima y personal con Cristo; el de Antonio Corral Castanedo, que entiende el progreso como la vuelta a las esencias humanísticas del pasado; y tantos otros. Entonces ¿de qué hablarles hoy, cómo pregonar un acontecimiento tan conocido por los que aquí estamos y hacer que sea atractivo para quienes no lo conocen o incluso desdeñan?

Hubiera querido abordar algunos temas, que solo puedo apuntar. Uno sería la presencia de la mujer en la Semana Santa, que hasta hace pocos años, 1987 creo, en que pasaron a integrarse en las cofradías como penitentes de hábito y capuchón, ha sido tradicionalmente, como en otras facetas de la vida y más específicamente de la Iglesia, de poca relevancia. Es cierto que en las cofradías antiguas consta la existencia de mujeres cofradas –en femenino, ahora tan en boga–, aunque sospecho que quizás formar parte de la cofradía servía solamente para disfrutar de los beneficios espirituales, sin que se planteara su participación activa. En el pasado siglo su papel se limitaba prácticamente a ser camareras de las imágenes, siendo su principal cometido vestir las, si se daba el caso, adornarlas y cuidar del mantenimiento de los bienes de la cofradía. Solo la

procesión de la Soledad, en que las Angustias acompañan a su imagen titular, tenía un claro carácter femenino, pero aun en este caso las referencias que la prensa le dedica, incluso las disposiciones para su organización, destilan un cierto tono de menosprecio. También solía suscitar comentarios frívolos la presencia de mujeres ataviadas con mantilla, las llamadas "manolas", cuyo origen, muy alejado de todo sentido religioso, se encontraría quizá en la corte dieciochesca, pero nos evoca sobre todo la vestimenta de la gente popular de ciertos barrios madrileños, retratada por Francisco de Goya, que luego adoptarían las capas más altas de la sociedad, incluso la nobleza.

Por cierto que, al margen de su integración en las procesiones, las mujeres se vestían de negro y se tocaban con peineta y mantilla para acudir a las visitas de los monumentos el día de Jueves Santo. Mi abuelo Luis del Hoyo retrató varias veces a sus hijas mayores, una de ellas mi madre, vestidas así, con su rosario en la mano, recorriendo las calles, algo que la renovación de Gandásegui también impulsó. Cuando yo era niña ya no se usaba este atuendo, pero sí el velo de tul negro indispensable para entrar en las iglesias. Los de las niñas eran escuetos, de forma redonda, pero al llegar a la adolescencia se pasaba al de tres puntas, llamado curiosamente "velo pollita". Recuerdo un año —¿quizá 1953 o 54?— en que mi querida prima Elvira, cuatro años mayor que yo, ascendió a esa categoría.

Por entonces, la visita a los monumentos, siete como es sabido, se iniciaba el jueves por la mañana, después de la misa que culminaba con el traslado del Santísimo Sacramento a un lugar distinto del que habitualmente ocupaba en su retablo. Este lugar y su adorno han merecido la consideración de "monumento" por antonomasia, libre de adjetivos. Muchas veces, el afán de recorrer más estaciones o el elegirlas muy distantes hacía que el cansancio invadiese a los fieles, supongo que más a las mujeres calzadas con tacones, de ahí la expresión "tener pies de Jueves Santo".

Actualmente, se mantiene la visita a los monumentos, pero creo que estos son cada vez menos monumentales; desde luego, mucho menos imponentes que los de siglos pasados. Elemento esencial en las celebraciones litúrgicas —la Semana Santa interior de la que ha escrito Teófanés Egido—, los monumentos eran creaciones artísticas, artificios de madera y ensamblaje o únicamente

pictóricos, con un sentido funerario, evocar el sepulcro de Cristo, pero también eucarístico. En su concepción había mucho de teatral, de escenográfico, donde graderías, cortinajes y trampantojos creaban, enmascarando la fragilidad de los materiales, un mundo ilusorio en torno a la arqueta que guardaba, reservaba, el Santísimo. Puesto que se armaban y desarmaban cada año, con el consiguiente deterioro, sin ser creaciones efímeras su duración era corta y su conservación casi siempre difícil. En Valladolid, si no estoy confundida, no queda ninguno.

Lamentable es la pérdida del monumento que Juni realizó para la iglesia de la Antigua, mediado el siglo XVI, cuando aún se tramitaba el famoso pleito sobre el retablo que hoy nos preside. Se desconoce su estructura, pero seguramente tendría elementos escultóricos, aunque también llevaba tableros pintados –uno “que es el del sepulcro”– y telas. Quizá por deterioro o por cambio del gusto, fue sustituido en 1620 por otro en forma de túmulo para el que Francisco y Juan Velázquez hicieron dos años más tarde una urna de madera, que doró Tomás de Prado.

Muy espectacular debió de ser el del convento de San Francisc, contratado por el pintor Pedro Díez Minaya en 1600. En el lienzo principal, concebido a modo de portada arquitectónica, se representaba “la Cena del Señor”. Pocos años después se haría el de la iglesia de las Angustias, mencionado en la escritura de patronazgo de los Aranzamendi, dada en 1613. Sería un artificio de madera, culminado en cama y arca y adornado con paños “de catalufas” (especie de tafetán labrado) de diferentes colores, que ocupaba toda la capilla mayor; lo iluminaban “sesenta y dos candeleros de bronce plateados”.

A un modelo común, templete sostenido con columnas y rematado en cornisa adornada con cartelas, parecen responder los que se hacen, en años próximos, para la propia catedral –aún el viejo edificio–, el colegio jesuita de San Ambrosio y el monasterio de las Huelgas Reales. El primero de ellos, contratado por el ensamblador Marcos de Garay para estrenarse en la Semana Santa de 1618, llevaba columnas semejantes –se dice– a las del retablo de la parroquia de San Esteban; y fue dorado por el pintor Tomás de Vallejo, que pintó también “unas tarjetas coloridas” con los escudos de la catedral. Pero, según relata Ventura Pérez, en 1760 se estrenó otro nuevo. En

septiembre de 1618 se había terminado el de San Ambrosio –quizá obra del propio Garay– y se encargaba al pintor Francisco Martínez el dorado de las columnas, capiteles y basas y la pintura de tres tableros, el central con la representación de “un sepulcro con la figura de Cristo grande”. Los motivos de los laterales y de tres puertas no se especifican. Debía entregarlo el Domingo de Ramos de 1619. El de las Huelgas Reales es algo más tardío pues Juan de Carrión y Francisco se obligan a tenerlo hecho, conforme a su propia traza y condiciones, el Jueves Santo de 1634, para “que en él sea puesto el Santísimo Sacramento en madera limpia”. En este caso sabemos que las columnas eran “dóricas entorchadas” y que se cubría con cúpula de media naranja que cobijaba “una urna con cartelas y agallones”. Diversas zonas de la estructura se decoraban con pinturas “de las insignias de la Pasión” y escudos.

Bien interesante sería poder conocer este y otros aspectos de nuestro pasado. En ocasiones, Jesús Urrea y yo fantaseábamos con la traslación en el tiempo, al Valladolid del primer tercio del siglo XVII, para poder encontrarnos con Gregorio Fernández y preguntarle tantas cosas: ¿en qué año llegó a aquí, lo hizo directamente desde Galicia o vino de Madrid con la corte de Felipe III?; ¿cuál fue su primera obra en Valladolid, y cuál su exacta relación profesional con Francisco Rincón?; ¿qué retrasó la realización de los bultos orantes de los condes de Fuensaldaña, para la Casa Profesa de los Jesuitas (hoy parroquia de San Miguel)?; ¿quién fue su discípulo más aventajado, el más digno de su confianza?... Y tantas otras, incluso la que hoy sería más pertinente: ¿en qué año se recibió en su taller el encargo de realizar el paso de la Coronación de Espinas para la Vera Cruz, cuya figura principal preside este pregón? Por supuesto, nunca podremos cumplir nuestro sueño y, posiblemente, tampoco la documentación responda a nuestras preguntas. Sin embargo, partiendo de lo que ahora sabemos, buceando un poco en los archivos y también con algo de imaginación, me gustaría evocar el Valladolid de hace 400 años. Lástima que para esa época no contemos con un Ventura Pérez, un Beristain o alguno de los diaristas del XIX, que reflejaron el latir de la ciudad. Tendremos que conformarnos con las Actas municipales, no muy elocuentes ese año, algunas cuentas del Concejo, las noticias que varios corresponsales envían al conde de Gondomar y poco más. En todo caso, vamos a hacernos ciudadanos de 1620.

Año bisiesto como el 2020, empieza también en miércoles de modo que día por día las fechas se corresponden con el año actual: el 27 de marzo es viernes de cuaresma, aunque no el quinto sino el cuarto, pues la Semana Santa se retrasa siete días respecto a esta.

Valladolid es una ciudad en decadencia, si se compara con el efímero esplendor de los años de la Corte de Felipe III (1601-1606); decadencia demográfica –en torno a 20.000 habitantes–, económica y en buena medida social. Muchos nobles han dejado vacíos los espléndidos palacios edificados en el siglo XVI, aunque no todos: por ejemplo, el marqués de Aguilafuente sigue viviendo en su Casa del Cordón. A la anterior escasez de viviendas ha sucedido la falta de inquilinos; ni siquiera las huertas, tan numerosas en la trama urbana, encuentran arrendatario adecuado. No obstante, subsiste un organismo esencial, la Chancillería; letrados y funcionarios y los muchos forasteros, de toda clase social, que acuden a pleitear ayudan a mantener una no desdeñable vitalidad. Mucho aporta también la Universidad a la vida ciudadana, pero es sobre todo la Iglesia la que no experimenta crisis alguna. Y es que –como ha escrito Teófanos Egido– se vive en un mundo sacralizado: “lo religioso es el elemento sustancial de la mentalidad colectiva de la sociedad”. Es así. De la general atonía escapa el estamento religioso, singularmente el clero regular, aunque también una parte considerable del laicado en la que se integran muy especialmente las cofradías.

Una sociedad sacralizada en la que, sin embargo, tener esclavos es algo normal. Valga el caso de don Gregorio de Tovar, miembro del Consejo Real y “oidor más antiguo en la Real Chancillería”, sin duda hombre piadoso y que en el oratorio de su ribera, sita cerca del convento de Carmelitas Descalzos, llegó a tener un crucifijo hecho por Gregorio Fernández. Pues bien, don Gregorio espera la llegada de “una esclava berberisca llamada Fátima”, de 36 años. En el viaje desde Madrid, la desdichada logró escarpase del recadero que la traía, a quien ahora se reclaman los 800 reales en que se la ha tasado.

\*\*\*

En su fisonomía, Valladolid es una ciudad moderna gracias a la remodelación del centro urbano tras el incendio de 1561 y a la pujante arquitectura que se ha desarrollado desde los años ochenta del pasado siglo. Precisamente, este

mes de agosto va a morir Diego de Praves, el último de los clásicos, pero su herencia queda en buenas manos: las de su hijo Francisco, que ya es el más activo arquitecto de la ciudad y hereda su título de maestro mayor de las Obras Reales, asumiendo prácticamente la mayoría de las construcciones notables que se realizan.

Una obra crucial que está en marcha es la construcción de la nueva cerca. Ha sido un empeño del gremio del vino, los llamados "herederos de viñas", que tradicionalmente cooperan con el Ayuntamiento en las obras de urbanismo. La gran cantidad de majuelos que hay en el término de la ciudad exige controlar la entrada de los vinos foráneos. Hace años que se necesita construir una nueva cerca porque han crecido barrios extramuros de la medieval y porque esta se halla caída en muchas zonas. En julio del pasado año se ofrecieron a costearla y el Municipio aceptó, naturalmente, acordando contribuir con la madera de 150 pinos de los pinares de la ciudad. Ahora por fin ha comenzado su construcción por la zona sur, entre los conventos de Sancti Spíritus y Nuestra Señora del Sra. del Carmen, y también en la ronda de San Antón y puerta de Teresa Gil. Todo bajo la dirección de Francisco de Praves, que también dirige el otro gran empeño del momento, la traída de las aguas de Argales que culmina con la construcción de la Fuente de la Rinconada. En algunos edificios públicos, Chancillería y Universidad, se hacen también obras de relevancia, pero el descenso en la construcción civil es evidente.

Todo lo contrario sucede con la religiosa, que mantiene su pujanza. Parecería lógico que el principal esfuerzo se dirigiese a la terminación de la catedral, pero la realidad es bien distinta. La debilidad económica de una diócesis aún muy joven y con pocas rentas entorpece los trabajos, que caminan mucho más despacio de lo deseado. Además, la colegiata medieval, aún en uso, se halla en estado ruinoso. Ya el año anterior el cabildo ha pedido ayuda al Municipio, pero este, aun consciente de "la ruina de la iglesia vieja, indecencia y acaso riesgo con que en ella se celebran los oficios" y reconociendo su obligación de "atender a la fábrica" de la nueva", alega que por "el estado de la hacienda... no halla medio ni forma de ayuda". Se contentará con darle mil pies de pinos. Pocos años después, en 1626 la ruina de gran parte de la colegiata obligará a trasladar el culto de la catedral a la parroquia de La Antigua.

En gran medida, el desarrollo arquitectónico está protagonizado por las órdenes religiosas de ambos sexos. Monasterios y conventos, aun los fundados mucho tiempo antes, entre ellos todos los vinculados con las cofradías, culminan o remozan sus edificios. El de San Pablo, bajo el patronato del duque de Lerma, acaba de experimentar una radical transformación interior y exterior. En el de San Francisco se modifica sustancialmente la capilla mayor para la que se hace un retablo destinado a la Inmaculada, que el maestro Gregorio Fernández ha hecho poco antes. También en el convento de la Trinidad Calzada, situado en la Boariza (María de Molina), se construye una nueva capilla, la de Nuestra Señora del Rescate. Pero quizá sea el de la Merced, donde la cofradía de la Piedad tiene su capilla, el que realiza obras de mayor envergadura, tanto en la iglesia como en diversos espacios conventuales, entre ellos su hermoso claustro principal. No menos importante es la terminación de la iglesia de los agustinos calzados, quizá el último proyecto de Diego de Praves. También se concluye, con la construcción de su fachada, el templo del Carmen Calzado, en el que dos años después adquirirá Gregorio Fernández su sepultura familiar. En el mismo barrio construyen su convento las agustinas recoletas, cuya iglesia será tras la desamortización parroquia de San Ildefonso. Francisco de Praves da trazas para gran parte del monasterio de San Quirce, entre ellas el coro del templo, tan en peligro ahora. Finalmente, el monasterio de Nuestra Señora de Belén, patronazgo asimismo del duque de Lerma, remata su edificio.

De modo que el perfil de la ciudad está definido por torres, espadañas y cúpulas y su sonido es el de las campanas, que, junto con el reloj de san Francisco, marcan el ritmo de la vida. Las cruces de piedra situadas en calles y plazas —alguna queda aún— contribuyen también a hacer visible de modo permanente el recuerdo de la Pasión.

Un paso más allá quieren dar los monjes basilios, con su deseo de erigir un Vía Crucis en las proximidades de su monasterio de los Santos Mártires Cosme y Damián (en el actual camino del Cabildo). Obtenida licencia del Ayuntamiento, da el obispo la suya estimando que “poner las cruces, estaciones y pasos que Cristo Nro. Redentor anduvo con la cruz a cuestas hasta el monte del Calvario” es beneficioso por “la devoción y edificación espiritual” que supondría. Sin embarg, no hay noticia de que llegase a ser realidad.

Si la arquitectura depende casi en todo de la religión, ¿qué decir de la escultura! Vestir tantos templos y conventos requiere de mucho arte mueble y Valladolid, ya se sabe, prefiere por tradición la escultura. No es que en la ciudad no haya pintores y que estos carezcan de clientes. En realidad, la gente, por pocos medios que tenga, compra cuadros de devoción para su casa. Incluso existe una zona urbana, próxima a la iglesia de Santiago, desde la Plaza Mayor a las calles Zúñiga y Barrio de Santa María, con tantos talleres y tiendas de pintura que se habla de los "pintores de la calle de Santiago". Pero son pintores, en general de poca categoría. Los principales, Diego Valentín Díaz, Jerónimo de Calabria, Marcelo y Francisco Martínez, compaginan sus encargos propiamente pictóricos con su faceta de policromadores. Y es que, en efecto, la mayoría de los retablos se hacen de escultura, como, por supuesto, las imágenes procesionales, no solo las de pasión.

Pues bien, en 1620 la escultura en la ciudad tiene un protagonista casi único: Gregorio Fernández, que se encuentra en la plenitud de su arte y en la culminación de su carrera. Quizá pocos se acuerdan ya de la desaparición, hace doce años, de Francisco Rincón, tan joven; seguro que Fernández sí. Puede que evoque —qué pena que no podamos oírle— las circunstancias de su primer encuentro. Es verdad que desde 1605 sus domicilios no estuvieron próximos, pero en enero de 1601 Rincón vivía en arriendo en la calle del Sacramento (hoy Paulina Harriet), donde él se establecerá primero. Son varias las casas que con los años ha agregado a las iniciales, todas en ese barrio de casas regulares surgido a mediados del siglo XVI (de Tenerías), en terrenos de la familia Niño de Castro, y que precisamente ahora va a englobar la nueva cerca. No es una zona de lujo, pero sí muy apropiada para el taller de un artista. La casa que alquiló en 1611 tiene un huerto, con noria y parra, y una cochera donde se le permite "meter madera". Muchos de sus amigos ensambladores viven allí y, desde luego, todo el mundo sabe lo orgulloso que está de haber podido adquirir casas que fueron de Juan de Juni y de ocupar lo que fuera su taller.

A este taller acuden parroquias, conventos, particulares y las cofradías, clientes destacados. Es muy de valorar el buen gusto de los cofrades, gentes de muy variada extracción social que buscan la excelencia para sus imágenes y están dispuestos a pagar lo que el maestro exija. En la década que ahora termina ha



trabajado para las cofradías de Jesús Nazareno: "Sed tengo"; de la Pasión: "Camino del Calvario"; de la Vera Cruz: "Flagelación"; y de las Angustias: "Descendimiento". Este último ha salido en procesión por vez primera en 1618.

Pero en este mismo tiempo muchas otras obras han salido de su mano, dos de ellas realmente geniales: la Inmaculada del convento de San Francisco y el Ecce Homo que Bernardo de Salcedo, párroco de San Nicolás, regalará en enero del próximo año a la cofradía sacramental de su iglesia.

Quizá tanto trabajo haya retrasado el cumplimiento de un encargo muy especial por ser hecho en alabastro: las esculturas orantes de los condes de Fuensaldaña, con destino a su sepultura en la iglesia de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, que por fin ha terminado de cobrar. Pero solo tres días después, el 29 de mayo, concierta la hechura de la Inmaculada para la cofradía de la Vera Cruz de Salamanca. Buscan los comitentes que imite a la de San Francisco y, por su calidad, no quedarán defraudados. También está haciendo, seguramente con especial cariño, una Sagrada Familia para la cofradía de San José de Niños Expósitos (iglesia de San Lorenzo). Su amigo Diego Valentín Díaz se va a encargar de policromarla conforme al parecer del escultor "como persona que desea sus figuras luzcan bien y salgan como cosa de sus manos".

Un taller tan importante ha de tener aprendices y necesita muchos oficiales, indispensables para sacar adelante el trabajo. Algunos, como Juan de Beobide, vienen del País Vasco y Navarra, donde el prestigio del maestro es muy grande. Quizá este año trabajen para él, además de su hermano de madre Juan Álvarez, otros discípulos ilustres: Manuel Rincón, Andrés Solanes y Luis Fernández de la Vega.

En algún momento hace un alto en el trabajo –tiene el maestro 44 años, pero su salud no es muy buena– y disfruta del jardín o comenta con María, su esposa –es la ventaja de trabajar en casa–, que su hija Damiana, todavía una niña –son otros tiempos–, anda enamoriscada de uno de sus oficiales, Miguel de Elizalde; o que su ahijado Manuel de Rincón va a ser padre de nuevo y le ha pedido apadrine lo que nazca; todavía no saben que se llamará Bernardo. Por otro lado, la familia está apenada por la muerte de Ana María de Juni, amiga entrañable.

\*\*\*

La vida ciudadana discurre sin grandes sobresaltos. El viernes 3 de enero se constituye el Ayuntamiento. Solo siete de los treinta y cuatro regidores se sientan en el salón de Consistorio, —algo muy habitual durante todo el año— presididos por el corregidor D. Juan Méndez de Ochoa, que ocupa el cargo de manera eventual, por muerte del anterior. A su derecha lo hace D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar. Tan ilustre vecino no reside de continuo en la ciudad —en seguida partirá para su embajada en Londres—, pero aquí mantiene su casa, la del Sol, junto a su iglesia de San Benito el Viejo, y dentro de ella su magnífica biblioteca. Su hombre de confianza, el licenciado Diego de Santana, le informa con regularidad de lo que concierne a la mansión y también al mantenimiento del jardín, “el mejor que hay en Valladolid, sin encarecimiento”, y de la espléndida huerta, situada al otro lado de la Ronda (hoy de Santa Teresa) que atraviesa un pasadizo volado para más fácil acceso.

A muy pocas personas se permite conocer la biblioteca, que precisamente este año se está remozando con estanterías nuevas, pero sí al historiador Juan Antolínez de Burgos, amigo del conde, quien incluso le ha regalado su “gabán morado... que para estar en el estudio es a propósito”, pues suele hacer frío.

Pero en la sesión municipal se echa en falta a otros personajes muy principales que estuvieron presentes el año anterior: el duque de Lerma y su favorito, don Rodrigo Calderón. El poderoso valido, ya cardenal, ha perdido el favor real —aunque sigue siendo “Alcaide perpetuo de las Casas Reales”— y, alejado de Madrid, con algunos achaques de salud, deambula entre Valladolid, Lerma y la Ventosilla con esperanzas, no cumplidas, de volver a la Corte. A pesar de ello, aunque se ha construido una casa junto a su monasterio de Belén, continúa residiendo en sus habitaciones del Palacio Real y acudiendo, por el pasadizo de la plaza, hasta el convento de San Pablo cuyo patronazgo también posee.

Mucho más dura —y eso también perturba al duque— es la situación de don Rodrigo, quien, apresado ya hace casi un año en su casa de Las Aldabas y despojado de todos sus bienes, espera juicio en la Corte. En septiembre, sus monjas de Portaceli, que tanto le deben, intentan que sus jueces devuelvan al convento “todas las cosas que el patrón les había dado”, embargadas ahora por la Corona: telas, brocateles, tapices, una reja de bronce para la capilla

mayor de la iglesia, la cajonería de la sacristía, “una caja de instrumentos músicos”, un Cristo crucificado traído de las Indias y diversas pinturas, entre ellas “un cuadro grande de pintura de la Adoración de los Reyes”, el magnífico cuadro de Rubens que conserva el Museo del Prado.

El Municipio está igualmente desconcertado por la caída de quien lo ha sido todo; se duda qué hacer con “el balcón bajo del consistorio que solía tener” Calderón para las fiestas de toros y con su oficio de mayordomo de obras. La que está también apenada por la suerte de don Rodrigo es Marina de Escobar, su consejera espiritual, de quien el noble es devoto a quien favorece con sus limosnas. Ahora, durante su prisión reza por él previendo su desgraciado fin.

Pero la vida oficial sigue y este es año de cambio de autoridades. El 25 de febrero toma posesión de su sede el nuevo obispo, don Enrique Pimentel, hijo natural del conde de Benavente, no sin que se produzca un incómodo incidente. Como es uso en la entrada de algunos personajes, el prelado ha hecho noche en el convento del Carmen Calzado, al sur del Campo Grande, y a las cuatro de la tarde espera, a caballo, a los representantes de la ciudad que acuden a cumplimentarlo. Para la ocasión se han hecho, en la tienda de Martín de Berrueta, “ropas nuevas de terciopelo carmesí y sayos de damasco” a los cuatro maceros del Ayuntamiento, pero el obispo no reconoce a los representantes de la ciudad que pasan ante él y no los saluda. “Quedaron hechos unos monos” –dice graciosamente Antolínez al referir el hecho– y, además, “a vista de todo el pueblo”. Tal vez Gregorio Fernández, que vive muy cerca, está entre los espectadores. El incidente se solucionará porque el prelado ofrece sus disculpas a la ciudad.

El domingo 8 de marzo quien entra en la ciudad es el nuevo presidente de la Chancillería, don Francisco Márquez de Gaceta. El corregidor y cuatro regidores lo visitan por la mañana en el Carmen, “donde se viene a apearse”. Por la tarde, la corporación entera acude a la Audiencia a recibirlo; con pena de diez ducados para el que no asista. El relevo institucional se completará el 25 de junio con la llegada del nuevo corregidor, don Diego del Castillo y Carvajal, caballero de Santiago. En seguida se preocupa por adornar el Consistorio, ordenando que se haga una imagen de la Virgen con el Niño “para poner encima del asiento del Corregidor en la sala del ayuntamiento,

en medio de los retratos del Rey y la Reina". El pintor designado es Juan de Meñasco, pero quizá el corregidor cambia de idea porque se le pagarán seis ducados por "un lienzo del Descendimiento de la Cruz", según tasación de Diego Valentín Díaz. También encarga al entallador Pedro de Vargas un brasero para debajo de su bufete. Además se van a "dorar los cabos y botones de las rejas de las casas de Ayuntamiento y darlos de azul" y pintar "toda la fachada de nuevo conforme están al presente".

En el aspecto judicial se dan grandes contrastes. Por deuda o incumplimiento de contrato se va a la cárcel, pero ya existe una especie de abogado de oficio: Diego de Piñar, abogado de la Chancillería, cobra 6.000 maravedís anuales "como abogado de los pobres de la cárcel de la ciudad".

Por cierto que otro funcionario necesita también remozar su vestuario: Pedro López, "ejecutor de la justicia", es decir, el verdugo. Se queja de que en los años que lleva sirviendo a la ciudad solo se le ha dado un vestido y al presente está "desnudo y con mucha necesidad". Sin embargo, revisando las cuentas, consta que en doce años se le han dado "dos vestidos de paño azul" compuestos por "capotillo, dos calzas y greguescos, y jubón y medias y zapatos"; ahora debe conformarse con uno que valga diez ducados.

Los vallisoletanos, como ahora, salen mucho a la calle. Gustan de pasear por el Prado de la Magdalena en el buen tiempo o por la Puerta del Campo cuando apetece buscar el sol. El duque de Lerma prefiere esta zona, quizá recordando la época de la Corte. Uno de estos días, el viernes 14 de febrero, "saliendo de la calle de las Agustinas Recoletas" se ha producido un incidente entre el caballero del duque, que iba tras su litera, y el cochero de don Gregorio de Tovar, que pasaba por allí —¿vendría quizá del taller del maestro Fernández?—. La consecuencia ha sido una semana de prisión para el caballero, pero la amistad de los dos próceres ha quedado intacta.

Algo que caracteriza la vida de la ciudad, por encima de la escasez y las dificultades de la común existencia, es el ansia festiva de los vallisoletanos, encabezados por sus autoridades. Simón de Cervatos, el mayordomo de propios —su casa se conserva aún en la calle de Zúñiga— consigna con frecuencia los gastos hechos por el Municipio en este concepto. Como muy bien lo ha estudiado Lourdes Amigo, las fiestas, religiosas o profanas,

articulan la vida de la sociedad, desarrollándose durante unos 110 días al año. Cualquier motivo es bueno para las luminarias, los fuegos artificiales y, desde luego, las fiestas de toros y cañas. En tres ocasiones, 8 de julio, 26 de agosto y 6 de octubre, se corren toros este año. Este mismo día hay también juego de cañas en la Plaza Mayor, en que contienden cuadrillas con vistosos atavíos, adornados con bandas bordadas y plumas.

El Municipio tiene a su servicio un grupo de ministriles, trompetas y atabales que acuden a tocar en las muchas procesiones –entre ellas las del Niño Perdido, Las Candelas, San José, La Magdalena, San Miguel, etc., pero no las de Semana Santa– y fiestas públicas, habituales y “forzosas”. Este año tiene ocasión de lucirse. El mes de mayo es frío y sobre todo seco; nada que sea novedad. Así que, como en otras ocasiones, se recurre a las rogativas y la Virgen de San Lorenzo es llevada en procesión solemne a la catedral, donde se rezará una novena. Por suerte, las oraciones surten efecto y el agua llega. El día de Pentecostés con motivo del regreso de la Virgen de San Lorenzo a su templo, se hace una “procesión general” para la cual Juan de Chavarría y Gonzalo Sanz, “danzantes”, organizan “una danza de ocho negros vestidos con calzones y vaqueros de damasco y tela con franjas de oro con morriones de tafetán de colores y medias y zapatos blancos nuevos”. Los acompaña “un tamboril muy bien vestido, con zapatos y medias nuevas” y deben andar “por todo el lugar desde el amanecer”. Un mundo colorista y exótico que quizá inspire a los artistas. Aunque aún más solemne fue la procesión que se celebró el noviembre pasado para agradecer la salud de Felipe III, que había estado a punto de morir. En ella se integraron “una máscara de danzantes que vayan delante de la Virgen”, que dirigió Francisco Gaitán, “maestro de danzar”, y tres danzas más, una de ellas “de doncellas que sacaron los labradores de las puertas de san Juan y san Esteban”. Hubo también “una figura de fuego”. Además, las cofradías colocaron altares cerca de sus templos, en la plaza del Almirante, la Platería y la calle de la Pasión; el del Ochoavo corrió por cuenta de mercaderes portugueses.

También los padres de la Compañía están de fiesta por la beatificación de su más ilustre hermano tras el fundador: el misionero Francisco Javier. El Concejo contribuye a la brillantez de la procesión que el domingo 26 de julio,

día de Santa Ana, va a la catedral, mandando trompetas, ministriles y atabales, prestando los toldos para los altares que jalonan el recorrido y colocando luminarias en los edificios municipales. Algo menos generosos van a ser con los frailes de San Agustín, que celebran en septiembre la beatificación de santo Tomás de Villanueva. En este caso la procesión discurrió dentro del recinto conventual.

Patrocina el Ayuntamiento algunas fiestas religiosas, como la de la Magdalena, que se celebra en la Casa Pía de la Aprobación, en la que actúa la capilla de "la iglesia de señor Santiago", de la que es cantor Joan Arias y también los ministriles, encabezados por Francisco de Soto. Pero, sin duda, las fiestas del Corpus son las más importantes de las oficiales; para ellas no se escatiman gastos. Este año es Mateo de Salazar, escritor de libros, quien ha escrito dos danzas para la fiesta. Las calles por donde transita la procesión, bien limpias y alfombradas de tomillo, hinojo y espadañas, se cubren con toldos. Para adornar los carros del Corpus, que ha pintado Juan de Mañasco, se han comprado telas de angeo, holandilla, tafetán y seda en la muy surtida tienda de Martín de Berrueta, uno de los principales mercaderes, quien, por cierto, es cofrade de las Angustias; no podía ser de otra manera siendo yerno de Martín Sánchez de Aranzamendi.

\*\*\*

Se acerca la Cuaresma. Este año, por razones que no se aclaran, no se van a pronunciar los sermones que, patrocinados por el Regimiento, tienen lugar miércoles y viernes en la iglesia de Santiago, titular de la capellanía municipal. ¿Quizá los del año pasado, con la intervención de distintos predicadores, resultaron muy caros? Retornarán el año próximo, pero con solo dos oradores. El pueblo, sin embargo espera con más interés las procesiones, aunque en el Ayuntamiento no se hable de ellas. Parece claro —como ya observó Represa— que las procesiones de penitencia son "exclusivamente manifestaciones devocionales de la piedad popular, al margen de toda dependencia eclesiástica, sin presencia de autoridad alguna civil o religiosa". Excepto, en algunos casos, de la Chancillería según creo.

La procesión el Viernes Santo, 17 de abril, es especial este año, pues por vez primera la protagoniza la nueva cofradía titulada de Nuestra Señora de la

Soledad, Piedad y sus Angustias, surgida de la fusión de las Angustias y la Piedad. Hace más de dos años, desde el 26 de noviembre de 1617, se ha llegado a esta unión, hecha, un poco contra natura, para solventar el enfrentamiento entre ambas por cuestión de horarios. Ideada para que sea "perpetuamente para siempre jamás", va a durar poco más de una década. Ya ahora hay pleito entre algunos cofrades, digamos rebeldes, pero en esta ocasión se ha hecho un esfuerzo y se han combinado pasos de una y otra.

En el cabildo de 10 de abril, "las dos cofradías unidas" han alertado a los cofrades de la proximidad del Viernes Santo, día en que hacen su procesión de disciplina, para que "estén avisados y procuren venir a tiempo al convento de san Pablo de donde ha de salir la dicha procesión, aseados y bien adornados, con sus túnicas blancas los de disciplina y negras y hachas los de luz, guardando cada uno su puesto".

Los preparativos para el buen discurrir de la procesión se inician días antes. Entre otras disposiciones se ha cuidado de "convidar a los alcaldes del crimen, concertar las (compañías de) trompetas y que dos de ellas vengan el lunes en la noche a llevar los pasos" y "vayan el viernes al mediodía a traer las cuadrillas". Se han preocupado también de contratar a los Niños de la Doctrina y de que estén limpias las calles del recorrido. En lo que concierne al convento de san Pablo, donde hacen estación, el jueves por la noche hay que quitar el cancel de su templo "para que entren los pasos y salga la procesión", pero, además, hay que "poner los angeos (telas) en el claustro para que la disciplina (la sangre) no salpique los cuadros" que lo adornan.

Reunidos en la iglesia de San Pablo los cofrades de luz y de disciplina, se organizan los claros y, una vez que han llegado la cera y los estandartes, se levantan los pasos, se reparten las varas y señalan los puestos y se pone en marcha la procesión. Forman en ella, acompañados por hachas, es decir cofrades de luz, y por disciplinantes, en primer lugar el pendón de los comisarios de los arrabales, luego dos guiones, llevados uno por "los señores receptores y otro por los procuradores" de la Chancillería. Tras ellos, el primer paso, de la Humildad, que pertenece a la Piedad y es aún de los llamados de papelón, pero al que preceden dos estandartes que corresponde llevar a "los señores escultores y pintores", adscritos a las Angustias. En este caso los portan

dos artistas bien conocidos: el pintor Diego Valentín Díaz y el ensamblador Francisco Velázquez, claro que tan notables fueron quienes los llevaron el año anterior: el escultor Gregorio Fernández y el pintor Jerónimo de Calabria. Otros dos estandartes preceden al paso de Longinos, también de la Piedad y de papelón; los llevan los "señores oficiales mayores y escribanos" de la propia Chancillería y Audiencia. Tras ellos, los "señores comisarios portugueses" se encargan de los estandartes correspondientes al paso del Descendimiento. Este, que ha salido del taller de Fernández para la cofradía de las Angustias hace tres años, causa verdadera admiración por la grandeza de las figuras, de madera y tamaño natural, que lo componen: delante de la cruz, ya vacía, la Virgen, sentada con el cuerpo de su Hijo muerto extendido en su regazo; san Juan y la Magdalena los contemplan con tristeza mientras que Dimas y Gestas penden aún de sus cruces. Los dos estandartes siguientes son llevados por "los señores mercaderes" y acompañan al paso del Sepulcro. Por fin, el último estandarte que lleva un relator de la Chancillería precede a la Soledad, santo y seña de la cofradía y que todos ya conocen pues hace bastantes años que la creó Juan de Juni. Cierra la procesión la cruz de la iglesia mayor, acompañada de clérigos y los alcaldes de Crimen.

Es de suponer que los cofrades de las Angustias hayan echado de menos entre los asistentes a la procesión a su gran mecenas, Martín Sánchez de Aranzamendi, que lleva más de un año enfermo. Morirá el 31 de julio y su entierro será un verdadero suceso. "Toda Valladolid se movió a verle", dice Antolínez. El recorrido del cortejo, desde su tienda en la calle Cantarranas hasta la iglesia de las Angustias, tendrá que dar un rodeo por "la Platería y Ocho y Guarnicioneros y Ferrería y Orates y Carnicerías y de allí al Cañuelo... por las hachas que iban en él que pasaron de 600, todas blancas". La cruz parroquial de la iglesia mayor y la de su penitencial "salen a recibir el cuerpo, junto a la placeta de los Orates, con el más bravo aplauso que se pueda imaginar y luces que no se podían contar". "Era tanta la gente, así caballeros como ciudadanos —según otro testigo— que no cabían por la calle". Al llegar a la enlutada iglesia, sus cofrades recibieron el cuerpo rindiendo los diez estandartes que llevaban "y en todo el novenario los tuvieron colgados".

\*\*\*



Volvamos al presente. ¡Qué sociedad, qué mundo tan distinto el de 1620 del actual! Buscando un casi imposible paralelismo entre ambos –al margen de que la humanidad sigue siendo en esencia la misma– se podría encontrar en la vigencia de lo visual, lo que entra por los ojos, por supuesto bien distinto también. En nuestros días la iconografía religiosa resulta ajena a una gran parte de la sociedad –he leído esta misma reflexión muy bien expresada por María Aurora Vilorio– por el desconocimiento de lo que cuando yo era niña se llamaba la Historia Sagrada. Los estudiantes, incluso los de Historia del Arte, se enfrentan a esculturas cuyo significado les resulta tan arcano como el de la compleja mitología clásica; un evidente empobrecimiento cultural.

El cristianismo, y en especial el catolicismo posterior a Trento, es una religión de imágenes, lo cual es paradójico, pues el Nuevo Testamento dimana –la denominación de Nuevo lo atestigua– del Antiguo, en el que Yahve no tiene figura, no se deja ver. Pero, además, la iconografía capital, distintiva, del cristianismo no es la imagen de un triunfador sino la de un reo muerto en el suplicio. Es verdad que el primitivo cristianismo, con escasas excepciones, no se atrevía a mostrarlo, sustituyéndolo por símbolos, y que los primeros crucifijos, vivos, serenos, coronados como reyes, incluso a veces vestidos, acentúan la majestad de Cristo más que su tormento, pero a partir del siglo XII, la corona de espinas sustituye a la real y el dolor a la serenidad. En el Gótico, Cristo se humaniza y el aspecto doliente se acentúa, a veces hasta el patetismo. Además, sufren también quienes lo acompañan, su Madre en especial, y se multiplican los temas de pasión, cobrando especial relevancia el de la Piedad, del que conserva un hermoso ejemplo el Museo Nacional de Escultura.

A la exacerbación del dolor a que puede llegar el último Gótico responde el renacimiento buscando la monumentalidad clásica y la forma bella, que culmina en la excelsitud de la Piedad de Miguel Ángel, en los finales del siglo XV. Es tanta la admiración, el embeleso estético que se siente ante ella que no mueve al dolor y a la compasión. Y precisamente esto: padecer con Madre e Hijo y, por lo tanto, dolerse y abominar del pecado que lo causa es lo que busca transmitir la Iglesia después de Trento. En oposición a la iconoclastia reformista, la contrarreforma presenta al pueblo, a todas las clases sociales, figuras vivas y reales que conmueven. Es verdad que no había terminado aún

el concilio cuando artistas como Juni creaban imágenes pasionales de gran hondura. ¿Qué puede haber tan desgarrado como el desmayo de María al pie de la Cruz que tenemos presente en este retablo? Pero lo que Trento engendra es el Barroco –al menos una parte esencial de él–, un arte que llega a quien lo mira apelando a sus sentimientos, no solo a sus sentidos. Es aquí donde la secuencia de la Pasión encuentra un magnífico cauce de expresión, produciendo, en manos de los grandes artistas, la conjunción entre forma perfecta y contenido espiritual. Por cierto, bien distinto es lo que sucede con la Resurrección, tan falta de representaciones de calidad, algo que siempre me ha extrañado. “¿No es absurdo –decía Martín Descalzo– que de todos los misterios de Semana Santa el menos festejado sea el más importante?”. La respuesta quizá esté en el temperamento dramático que se nos achaca a los españoles.

Es mucho lo que la Historia del Arte debe a la religión católica. El mecenazgo de la Iglesia: jerarquía, clérigos seculares y especialmente regulares, pero también de tantos creyentes laicos que, buscando casi siempre asegurar su salvación, aunque no falte a veces un componente de orgullo personal, han permitido la creación de un inmenso patrimonio artístico. Esto es más evidente en el arte español, mayoritariamente religioso; y entre tantos comitentes, las cofradías tuvieron, tienen, un papel importantísimo.

Dice Canesi de las procesiones de la Semana Santa de su tiempo –a mediados del siglo XVIII, pasado ya su esplendor– que son “tan aclamadas por el orbe cristiano” porque “todas las hechuras de los pasos son primorosas, especialmente las de Cristo y su Madre, que en todo son muy perfectas y conmueven a veneración y lástima en cada cosa que representan, porque en los afectos de un ánimo afligido están con mucha propiedad y viveza; las del Rey de la Gloria majestuosamente infunden pavor, miedo y reverencia, y las de María santísima con dulzura rinden a su amor los más rebeldes corazones”.

Un poco duros se nos antojan los sentimientos que adjudica a las figuras de Cristo –no hay más que pensar en la humildad del Cristo el Perdón o ver la serenidad y mansedumbre que transmite el rostro del Ecce Homo que nos acompaña–, pero sí aparece en sus palabras el concepto de la calidad artística. No solo conmueven los pasos por lo que representan, sino también porque su

hechura es primorosa. Que la escultura sea buena o mala técnicamente no resta a la imagen un ápice de su valor religioso, pero, normalmente, la calidad contribuye a su atractivo, ayuda a la devoción. Por eso me parece del todo absurdo contraponer el sentido devocional, el contenido religioso de una escultura, a su interés artístico. Cuanto más hermosa sea una obra de arte, tanto más llegará a la sensibilidad de quien la contempla.

Escribía Martí y Monsó, al iniciarse el siglo XX, refiriéndose a Gregorio Fernández, que “la belleza impresa a sus imágenes es más perceptible para la generalidad del público, quien, espontáneamente y por un impulso propio, las admira como obras de arte, las venera como representaciones divinas o se regocija ante el realismo de aquellas figuras que formaban obligado cortejo en los pasos de Semana Santa”.

Y termino. Soy consciente de que todo lo hasta ahora dicho puede resultar más o menos adecuado, pero sé que la Semana Santa en su profundo significado es para los cofrades y para todos los creyentes, mucho más. Yo no me siento con autoridad para abordar el contenido teológico de esta celebración. Por eso me he permitido tomar prestadas unas de las palabras más autorizadas, las que en 1983 pronunció en esta misma ocasión el padre Palomares, historiador y dominico: “La Semana Santa es recuerdo y vivencia de quien con su muerte nos regaló la libertad, la vida auténtica... ¿Quién será capaz... de no esforzarse por el respeto del hombre, por su liberación, o lo que es igual, luchar por el Amor y la Esperanza? Pregonamos en voz alta el amor frente al egoísmo, la esperanza frente al pasotismo. Pregonamos un mundo nuevo, siempre haciéndose, siempre en transformación, donde el hombre es pieza clave, por ser redimido por Jesús”.

Creo que su contenido sigue teniendo sentido, espiritual para muchos, humano para todos. La consideración de la Pasión de Cristo encuentra su reflejo en tanto sufrimiento como subsiste en el mundo actual, aparentemente evolucionado y orgulloso de sus logros científicos y materiales, pero en el que buena parte de la sociedad necesita una redención que solo puede venir de los valores del espíritu.

María Antonia Fernández del Hoyo. Marzo 2021

